



Universidad
de
Antioquia



Departamento
de
Bibliotecas

ciclo de literatura

Eufrasio Guzmán

LUGAR Y MUERTE FLORIDA
EN LEZAMA LIMA



Biblioteca U. de A. 4o. Piso, jueves 4 de Febrero de 1982

**PARA QUIENES CREEN QUE CULTIVAR UNA
GOTA DE ROCIO ES POSIBLE**

I. LUGAR

“No podemos fijar la hora en que el misterio se hizo lo bastante claro como para anunciarse. Pero que importa! Que surja del sufrimiento o de la alegría, cada hombre en su día tiene esa hora luminosa, la hora donde comprende de pronto su propio mensaje, la hora en la cual el conocimiento, al iluminar la pasión, revela...”(1)

La sensación al leer a Lezama por primera vez es eventualmente de choque cuando no de perpleja distancia inmediata; la totalidad de sus versos esta impregnada de una sustancia vítrea y resistente que rápidamente deshace ilusiones ingenuas; su humor y su ánima exigen esfuerzo y este esfuerzo es hacia la identificación de esa sustancia, pero no por la vía crítica sino por la vida de un seguimiento desatado; a su vez dijo de Góngora: “Pretenden oponer malicia crítica a sucesión y piérdenle el tropel, sus remolinos y desfiles”.(2) Aplicado a Lezama vale completamente.

Lo poético en Lezama asume las múltiples formas de lo que se deja llegar a sí mismo desde las distancias mas extrañas. Su poesía es una sustancia que excede la figuración y no esclaviza un brillo a la forma:

(1) Bachelard G. La intuición del instante

(2) Sierpe de Don Luis de Góngora

El principio formal
tiene entrañas y escudo
su esencia es un embudo,
su forma el calcañar

Ya dentro, su saludo
escuece el hálito vital

Ni siquiera la formal
como atrevimiento, pues,
los atrevimientos formales
no sacan cristal de la tierra. (3)

La poesía en Lezama es resultado de una aspiración superior a la imagen. Ella está clavada como un ánimo vital en lo más hondo de sus huesos, para cristalizar en el cuerpo consistente del verbo acuciado que se transfigura en verbo incoartado. Ese cuerpo para la poesía y ese anclaje para la imagen es posible por una postura y un lance que es como un desangrarse impasible.

La postura, no lo dudo, es de patio. Palabra expuesta a la imagen posible, corre un riesgo inestimable. Hay que señalarlo temprano. Abierta al sol y al viento ella goza mientras construye los términos de su desvelo, de éste nacen los juegos interminables de lo posible. Lo posible como ese destello que cruza, aunque a veces inseguramente, el firmamento. De ese cruce aventurado nace su poesía. Habitando el riesgo que implica el giro de la palabra, desde el nombre hasta la imagen: “Las palabras son más que el nombre, son el nombre y su resonancia originaria, la energía material y prima que la poesía libera para reconstruir la interacción de la imagen en un espacio de exploración y revelación”.(4)

(3) El Retrato Ovalado

(4) Ortega J. El Reino De la Imagen

Ese espacio es el resultado también de una ocurrencia. La ocurrencia es un cruce en el verbo, un asalto a las asociaciones y anudaciones entronizadas. Podemos pensar esa ocurrencia afirmándola como el destello compartido; ese destello se apoya y cuando la apoyatura es múltiple la poesía es sustancia que circula y renace en cada vuelo. La ocurrencia se ha dado cuando el verbo nace y renace a las tareas de la imagen; un ejemplo es esa frase suya sustantiva y corpórea que actúa como adjetivo, pero sin ser éste; por el contrario es otro cuerpo distinto del sujeto móvil, pero igual, a su movilidad, a su carácter cambiante como un vegetal rizomático y lleno de sabia hiperactiva.

Ocurrencia y vuelo señalando un papel que para la poesía es indeclinable; cubrir el espacio concedido, llenar el vacío ramificándose indefinidamente por secuestro ocurrente de nuevas imágenes, enriquecer el ser floreciendo el instante del acabamiento suspendido.

II. PATIO

“El vacío del patio de una casa es su fragmento más hablador, es, pudiéramos decir, su totalidad habladora”

Paradiso

Cuando todas las cosas se confabulan para hacer aparecer como errores lo que no es otra cosa que una voluntad aplicada en forma aparentemente poco táctica, lo más sabio y profundo es retirarse a un rincón del patio (que no siempre es el más fresco y soleado) y si de paso hay interés, presenciar entre divertido y asustado, como se cruzan las iras opacas e incandescentes de requerimientos extraños a la vida. El centro del patio es un lugar orgulloso y altivo, pero allí se está expuesto a que antes de prefigurar una vida la horaden hasta la desaparición. Por eso lo más decisivo para la letra y la poesía es retirarse a construir como Lezama el prisma apasionado de nuestro propio acabamiento. Como el niño que estando un día en el solar de la casa, jugando con barro, oye una frase o tan solo, tal vez, una palabra que está ya inesperadamente dentro de él, su primera reacción fue de alegría callada, una pequeña sonrisa lo habitaba, en el momento tampoco supo más, solamente de un tirón interno y la alegría de sentirse llenado por un momento hasta el fondo de lo más suyo. Más tarde, y siempre, sobre ello, como si se tratara de nunca más olvidar que se puede, en la habitación de los signos, reconstruir la fiebre tensa de la tela de la araña, segregada, filamentosa, irrumpe viva en los rincones de una pasión, brasa al viento, se cubre de cenizas la espera, añora por un instante el silencio lejano que nunca ha existido y también por un instante se niega a recorrer las fibras tensas de la ansiedad. Las pérdidas se originan en cuanto se empiezan a hacer concesiones indiscriminadas, cuando es en otro sentido que se teje la red.

En Lezama la imagen es red, red que nace de la infinita pasión de lo que siempre empieza: renovada actitud para dirimir las ausencias, repasada la noche mil veces para desentrañar las constantes móviles de la paciencia; paciencia de la imagen, amor que se desata como un recuerdo que se expone bajo la indicación de un hilo multitudinario y abierto siempre a nuevas anudaciones posibles.

Imagen, hilos de agua que brotan en medio de las ruinas inconclusas; primero casi hirvientes, al final corren por la tierra, saciándole la sed, acabando la sequía; imagen, hilo de vida, fuerza de la carne; signos de la sensibilidad que se van volviendo incluso agobiantes; poesía que tan solo como sortilegio y hechicería se salva, pero a condición de permanecer sobre el hilo de su propio acabamiento.

La conjunción del lugar y transparencia en el patio se aprecia en la escritura de Lezama, como si cada vez que se escribiera, una danta robusta y vital fuera aniquilada a la orilla de un río tropical... Sus visceras al aire, su sangre derramada. La escritura suscita esa coincidencia, afirma su terreno deshaciendo a cada instante sus "referenciales diamantinos y apoyaturas" (5). Cuando a la imagen acude el verbo que ha vivido esa transparencia es como si a la escritura la cruzara el latigazo de proliferación ilimitada de las series generadas por esa imagen, para fijarse en el instante de su despliegue total.

El lugar de la imagen en Lezama es entonces el espacio donde el rumbo del aire expandido por la tensión aguda de la sangre en las venas y la piel del hombre que escribe, inquieta más allá de la piel y hasta la carne de quien lee y despeja así, los tenues poros, para que sean finalmente estallados por la explosión de salida del monstruo fervoroso que llevamos adentro.

Monstruo prismático. Imagen visceral, palabra plena, aún de las ausencias. Monstruo que nace a su propia muerte florida. El acabamiento tiene un signo: el no silencio; el exponerse en viento y fuego en la "firmeza mentida de espejo".

(5) Los Dioses.

El exponerse siempre se inicia como un habitar las transparencias del aire, extasiado, y contrito por convertirla en una consistencia mayor. Esa consistencia perem-nemente escapa, dejando alerta al vigilante que se hace ahora sensible a los más sutiles aleteos. Así sentido el roce, se especializa la labor, se teje un fuego hilado en las palabras.

Así, los fragmentos oscuros
buscan su incandescencia, esperando
la llegada espiraloide de una fuerza
que los remacha como un astro en el espacio (6)

Esa fuerza desplegada es el verbo liberado que muerde el sentido en una espiral de vuelos apenas soñados. La palabra así forjada, en adiamantado círculo convertida, toma del aire la transparencia; del fuego la movilidad y el acabamiento de su propio recorte; de la noche el vacío sondeable; el intenso oscuro y las estrellas. Imagen, palabra renovada en fuegos, fuerza vencedora del silencio.

III. DESCENDIMIENTO Y FLOTACION

Yo fui el guardian de la sustancia para la resurrección
y tengo que sufrir las consecuencias y desgarrarme como
el pelícano por el peso de la maldición. (7)

El “peso de su irreal” como otra realidad aplastante, el cuerpo de su cuerpo que nace, “su aventura sigilosa” que toma la fuerza de una cohesión abigarrada; su “testimonio del no ser” se da al instante de su despliegue fugaz, cuando ya la transmutación se ha realizado y es la imagen adueñada y es el sueño no obliterado que crece como una imagen posible.

Pero en Lezama lo posible es lo ineluctable siempre que la imagen sepa de sí. Es casi a la tarde de los tiempos cuando la imagen ha recogido su propia fuerza para soñarse desplegada. “La imagen como un absoluto, la imagen que se sabe imagen, la imagen como la única de las historias posibles”. (8)

Imagen: Cuerpo suspendido del acabamiento, fulgura y renace a su otra vida: Señora del agua y de los fuegos: cuerpo palpitante y por lo huidizo, etéreo, relámpago de carne, efecto de lucero. Así es en la confluencia, una inquietud matutina y nocturna, soñada, fugaz y constante: “Rastro absoluto, firmeza mentida del espejo”, poder de la imagen que en los bordes de una membrana es capaz de reconstruir a fuerza y fino pulso, la metáfora visceral de una paciencia, la ensoñada claridad de un nuevo fuego.

(7) Conversación con Cintio Vitier

(8) Las Imágenes posibles

Es lo que en otra parte he llamado la vivida intransigencia, el no pasar, no tolerar ni aún las alas abiertas, acogerse a que las furias desaten su sueño vivo y así el recogimiento en el patio se abre como un estupor igneo: se inicia el canto, encendidas ya las alas, se despliega la muerte como en el capullo al alba su color.

Es la ausencia del sucedido de un día que se prolonga
y es a la noche esa ausencia que se va ahondando como
un cuchillo (9).

El ahondarse es el día que declina dejando caer sus cadencias acumuladas. Por ello esa ausencia no es negación, adormecimiento o silencio.

Porque habito un susurro como un velamen (10)

Velamen extendido, susurro intermitente sapiencia de silencio concluido, palabra como flor abierta y victoria:

El oscuro furor adolescente escondía sus flechas
y no el retiramiento de participar en la ausencia
sino el aposentarse en el escarbar y el agujero. (11)

Habitar el rincón del patio, construir su labrado sitio y hacer del escarbar un vencimiento: el de la exigente ausencia por medio del cuerpo florido de la muerte; el de la marchante realidad creada.

Después de la noche en que la ausencia se ahonda y se clava desgarrante, no hay muertes como silencios o como acabamientos; solo una impronta de luz que va creciendo en el hilo de la noche. Después, henchido de luz y de mañana de contrastada claridad lleno, abarrotado de nuevas imágenes, de cuerpos espesos, de apenas soñadas transparencias; prismada aún más y múltiple, la estela de los

(9) Llamado del Descoso

(10) Pensamientos en la Habana

(11) Para llegar a Montego Bay

sueños, se deja ser como muerte florida. Persistente y resistente la imagen olvida la exclusiva y conocida transparencia, se da lo que es como una transustanciación posible lograda en el filo de la mezcla extraña de profundidad y ocultamiento: cielo liberado de una imagen posible, recuerdo de lo que se ha sido privilegiado y desplegada ahora en la letra.

Por eso en Lezama todo se desgrana internamente bajo la forma y el volumen de lo próximo; la proximidad no directamente evidente, sino anunciada por los signos que emergen, furibundos, para definirse y te asaltan y te dan, por tan solo un instante, la entrevista posibilidad de una señal más precisa de que todo regresa para renovarte, no ya en la huella perdida de un pasado que jamás se repite idéntico, sino en el restablecimiento de una dirección que siempre vuelve.

Pensemos esa señal como un revuelo, el revuelo de un sueño que es como un giro que excede el nombre y apunta a la victoria sobre la muerte como silenciamiento.

Cada palabra es así en el cuerpo imaginado del más preciso y huidizo sueño. Precisión de lo abierto:

“Cada palabra una lengua voladora”

Cada palabra una alusión coherente, una incitación, una exaltación de su propio terreno, la exploración consciente de la amplitud de su suelo. Palabra que manda y exige lo más parecido a un vuelo; “tersas mandatarias”, de la ensoñación, del canto; vencedoras del negro silencio.

Cada palabra un apeiron de arcilla
sostenida por la respiración nocturna (12)

Duplicada y desbordada por la imagen desprendida; la imagen así efectuada crea una resistencia y al mismo tiempo procede de ella: “En el mundo de la poesis en tantas cosas opuesto al de la física que es el que tenemos desde el renacimiento, la resistencia tiene que proceder por rápidas inundaciones, por pruebas totales que no desean ajustar, limpiar o definir el cristal, si no rodear, romper una brecha por donde caiga el agua tangenciando la rueda giradora”. (13)

Propiedad de la palabra: ayudar a la resistencia. Aquí acuna Lezama su sistema poético. La resistencia como el despliegue mismo de una batalla interminable: “el oscuro furor adolescente”, se convierte en un saetear que renueva el sueño, sueño de la señal ignea que nos mantiene en vilo mientras avizoramos nuevamente y en la distancia el profundo dictamen de la grieta; tierra abierta sentido intenso de la vida. Sentido que es legado y territorio del poeta: en el incabamiento perenne que es la vida buscar hasta el fondo; indagar estrellado que es el recorrer el suelo nutricio en los instantes extendidos del destello.

Lo único que talvez se le puede reclamar al poeta es que no mantenga su sueño de fuego durante los contados instantes en que se le concede. La trampa del poeta es entonces la muerte apresurada, ese acercamiento irregular y acelerado; lo que la vida espera es el cumplimiento de la tarea:

La misión que le fue encomendada
descender a las profundidades con nuestra chispa verde
quisiste cumplir de inmediato y por eso escribiste
ansias de aniquilarme solo siento
pués todo poeta se apresura sin saberlo. (14)

La tarea es rehacer en un sistema el mundo, ese sistema es su propio paraíso y el vencimiento de la oscura muerte en el destello florido en un detenimiento incan-

(13) Resistencia

(14) Oda a Julián del casa I

decente. “paraíso, éxtasis de participación en lo homogéneo, intemporalidad”. El paraíso de Lezama conserva así en vencimientos, logros y energía, una región análoga a la que tiene acceso Macedonio Fernández mediante su Pasión.

En Lezama el sistema poético se construye por un renacimiento constante de choques y fragores presentidos. Los roces y los levantamientos ocurren como escamas de iguana separadas de su cola: apoyadas en el suelo se desperezan en contra de la piel más interna y lista; acosadas sobre su base son dardos para cualquier animal cazador, y cristales de acero que rasgan lo que se les acerca a contrapelo; así tratadas se levantan cortantes y rompen las viejas resistencias, abriendo las membranas al aire libre. Esas escamas son una creciente imagen que decrece, alguna que cruza el aire de su respiración, una palabra que busca su eco exacto en una multitud de evocaciones, una frase entredicha y luego capturada y reordenada para otra significación. No importa la intromisión en otro sueño ajeno, se trata de reconstruir los apoyos, las articulaciones, las fibrillas, las resonancias, la gravedad de un alelamiento que no se quiere dejar en la indeterminación.

Podemos acercarnos al clima de su sistema a partir de las indicaciones que el mismo nos proporciona.

1. Es un camino de regreso. Es Pablo derribado, es la luz que lo ciega. La claridad y la oscuridad juntas y extremas. Densa y cristalina. Ese camino de regreso y su figura anuncia a Lezama: *La claridad todo lo cree*: la luz que arranca de su caballo a los orgullos te pliega al destino de la tierra. Algo que inunda y crece se anuncia pleno de gravitaciones. Es lo “imposible creíble” de Vico al asalto de esos mismos terrenos. Lo imposible posible es que esa sustancia creada se convierta en el asidero y la raíz expuesta de una pena.
2. El habitar el verbo así soñado es la “vivencia oblicua”, ella resulta cuando las palabras aumentan su incesante ritmo interno, desconstruyendo y recreando una forma que está indisolublemente ligada a un movimiento casi tiránico que confluye en la creación de un cuerpo “verbal vivo” que atravesamos

habitamos solo con fugaces cruces: vivencias oblicuas que establecen lo que se llama una *ocurrencia*.

La ocurrencia es singular y singularizante, es una huella abierta que se está cerrando y es una invocación continuada y delirante del camino sesgado. Son los lebreles del sueño recogidos en el instante sagrado de la imagen: recogido el abanico en un parpadear de saltos, oclusiones, desfases, queda un reino paradisíaco, poderoso y cierto como el sentido fugaz esplendor de una mañana. Este esplendor es el señuelo arrebatado a los cielos y al vibrátil centro de la tierra; es la ironía de un destello nunca totalmente completado en este infierno, y es la seguridad riesgosa de un paraíso elaborado. La muerte florida es ese fulgor, esa quimera de eternidad y momentos lapidados:

“Era el círculo en nieve que se abría” (15)

El sistema poético de Lezama es muerte florida, muerte y vida porque él acude con precisión a los dos elementos que la sueñan: Son el espejo que lapida en frío y muerte y es el río que penetra.

“Rastro absoluto, firmeza mentida del espejo.
El espejo se olvida del sonido y de la noche
y su puerta al cambiante pontífice entreabre” (16)

El pontífice entra como el movimiento acuoso de la vida, como el agua que se escapa entre los dedos.

La poesía en Lezama es resultado de esa confluencia y su sustancia es esa realidad probable ya no solamente posible. Aquí ya podemos hablar de argumentos de jade y de nunca olvidadas claridades.

(15) Muerte de Narciso

(16) Muerte de Narciso

Lo imposible posible es ya una sustancia, una materia probable una consistencia de fuegos que se anudan:

La sílaba detenida entre el río que impulsa
y el espejo que detiene”
es esa huella. El jade es una prueba:
pero el jade es un carbunco entre el río y el espejo
una prisión del agua donde desespera
el pájaro hoguera, deshaciendo el fuego en gotas (17)

Jade: nueve, resiste y detiene; río, espejo en movimiento; espejo como río detenido.

El jade, el río y el espejo; el viento y el fuego, señales que se anudan en el proceso de su desgranado darse. Brújulas del sistema de una poesía que se sabe muerte florida, no fría muerte como acabamiento y suspensión, ésta es la muerte ciega del olvido de la “chispa verde” y de la tarea: “Perdida la brújula se descende al sueño, a la noche, a los infiernos” (18). De una anodina vida cotidiana; infierno amorfo del silencio.

Y ya lo hemos dicho, no sobra repetirlo; el camino de Lezama es otro. Es el verbo como escudo que nace en las luminosidades contrastadas del aire del patio que está enriquecido por los fuegos misteriosos de la muerte viva respirada.

Aquél que mensura el aire
Puede vivir en la muerte y morir en la inmortalidad (19)

- (17) La prueba de jade
(18) Sierpe de don Luis de Góngora
(19) Los Dioses.

Muerte para el renacimiento. Sueño que te desnudas en las diademas radiantes de una diosa de hábitos sigilosos y entregas añoradas, extasiadas, fortuitas. Paso, fragmento de la vida, girón insigne de la cantidad enamorada; es la carne que vive su más bello sueño de permanencia y lo logra; en la flor desarrollada, en el riesgo atormentado de la exposición solar. Queda la poesía como otra piel fijada en el mapa de nuestros desollamientos. Se renace a otra vida que es el reino de la imagen; aquí nuestra consistencia es la de las palabras desatadas.



IV. ESPEJO Y RIO

(Semblanza de Lezama Lima)

Se acercó a la lámina de cristal, el rostro de Oppiano mostraba ya una impasibilidad que no era la de su habitual sindéresis, la de su infinita respuesta. Como un espejo mágico captaba la radiación de las ideas, la columna de autodestrucción del conocimiento se levantaba con la esbeltez de la llama, se reflejaba en el espejo y dejaba su inscripción. *Paradiso.*

Viene de la noche, de un abismo insondable regresa. Cierta liviana pesadez en el sueño apenas enmarca la fijeza del mirar. Contiene ya en sí las huellas de la vigilia, ha estado desde la vigilancia móvil oteando el profundo panorama de la irradiante superficie creadora.

Está fijo, contiene el instante huidizo de las evocaciones. Está delatada en la paciencia invocadora de la atención a lo que frente a nosotros se compone y recompone.

Ha tejido el hilo múltiple y no se puede salir de tal labor de hurdimbre sin dejar marcada en la piel lo que parece un desvarío, una penuria y un exceso.

Una fina raigambre de sueños habita y es la falta de aspiración a un nuevo vuelo lo que no perdona. Un rictus de vívida intransigencia en la boca lo delata, pero permanece, impasible, a otro lado.

Enarcadas las cejas, la frente clara, nos hablan de agudeza, transparencia, fluido movimiento atesorado en una sustancia poética, en una faz múltiple, en una memoria paradisiaca de todas las entidades en el tejido maravilloso de las palabras tocadas por la pulsación de las sustancias privilegiadas de la tierra. Invocación inestinguible del río, de la luna, del fuego, del espejo....

Si atraviesa el espejo hierven las aguas que agitan el oído. (20)

Nace a estruendosas o finas voluciones matinales, minuciosas cavaciones, precisas ascensiones, continuos, sostenidos, quiebres, expoliaciones, ofrendas; entrega al río insaciable que siempre nos llama.

Ese ocurrimiento imborrable va acompañado de los intensos seguimientos de lo anhelado: para habitarlo como un paraíso conocido pero sorpresivo, verdeante, interno y fijo como un espejo para las luchas y los alumbramientos continuados y esparcidos.

Fijo, alelado y llameante.

El río en la suma de sus ojos anunciaba
lo que pesa la luna en sus espaldas y el aliento que en halo
convertía (21)

Luna que desciende a la tierra, germinación inmediata y floreciente de los verbos ocultados. Mil fijezas instantáneas y clavadas en el torso móvil del río: platinada, en cinta huidiza, la visión se extiende en el crepitante fuego de lo que llueve e inunda constantemente. Río: presencia fugaz del espejeante destello. Espejo navegante, quebradizo, acuciante, como la creencia en un destino que se resuelve en un instante. Ese aliento de fatalidad, de finitud es lo que anima el floreciente despliegue de un velamen, de una fronda salvaje de múltiple coloración y verdeante movimiento antes no visto ni expuesto a una visión que se conserva en una palabra desquiciante.

Lezama, hito, signo y presencia del habitar América su propio espacio apenas embrionariamente desplegado.

(20) Muerte de Narciso

(21) Muerte de Narciso

Eufasio Guzmán. Medellín 1951.

Licenciado en Filosofía y Letras en la Universidad Pontificia Bolivariana.

Participó en el comité de Redacción de la Revista escritos de esa misma Universidad. Actualmente vinculado a la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad de Antioquia.

La totalidad de su obra se haya inédita a excepción de un ensayo sobre Macedonio Fernández aparecido en el periódico Universitario.